

ROBERTO J. PAYRO
EL MAR DULCE

VIII
DESQUITES DE SOLIS

En aquel caluroso y luminoso día del estío de 1515, en que el cielo parecía inmensa piedra preciosa, la atmósfera un hálito de hornalla y el sol esa hornalla misma, tres carabelas entraron lentamente en el puerto de Sevilla y surgieron frente a la marina, cerca de los dos cuerpos de mampostería y la maciza mole de la Torre del Oro. El movimiento de la



marina, donde galeotes y mozos de la esportilla cargaban víveres en dos galeras, se hizo más intenso y bullicioso desde que se avistaron las naves que llegaban de aguas abajo, merced al golpe de gente curiosa atraída a la ribera por las misteriosas e imperceptibles

señales que llaman a la muchedumbre hacia donde ocurre algo. Y si del lado de Sevilla zumbaba un enjambre apretado y creciente, otro poco menor comenzaba a agitarse allende el río, ante el miserable pero regocijado barrio de Triana, cuyas casuchas se agrupaban alrededor de la antigua iglesia gótica de Santa Ana.

No faltaban entre el gentío los eternos bien informados que, desde que el mundo es mundo, gozan y triunfan satisfaciendo la curiosidad ajena. Decían éstos que los tres navíos acababan de ser armadas en Lepe para un largo y azaroso viaje de descubrimiento y de conquista, y que iban a Sevilla a cumplir el indispensable requisito de la revisión por los señores oficiales reales. El destino de las carabelas, según las informantes officiosos, era un secreto, sí, pero el secreto a voces. Iban a las Molucas y a las Indias, a las ricas tierras que Castilla poseía en mares desconocidos y que el rey Manuel de Portugal pretendía disputarle sin derecho. La expedición había estado preparándose años enteros con el mayor sigilo, para que los portugueses no intentaran ganarle de mano, patrocinábala gente muy poderosa y muy alta, puede que el mismo don Fernando, y había de mandarla un mareante de los más famosos.

Alrededor de los voceros – hombres de mar, mercaderes sin tienda abierta o pícaros

abiertamente tales – formábanse grupos de oyentes, ávidos de noticias, y el vivo decir andaluz, chispeante y sonoro, dábales pintoresco relieve. Pero esto no absorbía de tal modo la atención que impidiera a los curiosos seguir con la vista la maniobra de las carabelas, ejecutada entre grandes voces y ademanes violentos por la diestra tripulación. Este interés subió de punto cuando, desprendiéndose del costado de la mayor de las naos un batel cuya caña empuñaba un hombre de cierta edad, se dirigió al mal ajustado desembarcadero de piedra, al pie de la Torre del Oro.

- *Ese que veis a popa del batel es el capitán. ¡Bravo mozo, conózcole como a mis manos, aunque él no me conozca a mí, ya se ve ...* – decía un viejo cuyo oficio confesado era el de pedir limosna en los portales de la Giralda o de San Salvador, comer la sopa boba de los conventos y servir de gaceta viviente, mientras que los no confesados abarcaban las más diversas y misteriosas ramas, desde el sonsacar bolsas hasta el zurcir voluntades. – *¡ Como conocerle* – proseguía – *vaya si le conozco ! Sé que es mozo de historia y que se llama Juan Díaz de Solís por añadidura.*
- *¡ Quite allá con esas desaborías noticias !* – exclamó una moza de clavel en el cabello y mantón al desgaire. – *¡ Quién no sabe en*

Seviya que es el piloto mayor, nada menos, y que ya ha ido sinfinidad de veces a las Indias y a otras partes tuavía más lejas !

- *¡ Sí, retoño ! bien lo has de saber tú –replicó el mendigo –. ¡ No pasa por la villa bragado que no conozcas y te conozca a fondo, morena !*
- *¡ Y a mucha honra !–* dijo la buena moza, con magnífico desenfado.
- *¡ Juan Díaz de Solís, retoño ! ¡ Piloto mayor, armirante debía de ser, retoño ! Porque en lo de marear no hay quien le ponga el pie ... Y su gente, ¡ vamos !, que le lleva en palmitas, porque es manirroto y no le espanta un buen trago, amén de ser más justiciero que el mismísimo don Pedro, el de la Padilla ... ¡ Y de esta vez nos va a traer el oro a espuertas de unas tierras que él sólo sabe dónde están – que me lo ha dicho quien puede – así como me llaman Bras, retoño !*

Pendiente de sus palabras estaba un desarrapado chicuelo que se había deslizado hasta la primera fila del grupo. Vestido de harapos y descalzo de pie y pierna, su camisa hecha jirones dejaba ver que si el sol andaluz le había curtido y tostado la cara, y las extremidades, el resto de sus carnes era naturalmente dorado como la piel de un melocotón. Y cuando la moza del clavel abría

la boca para continuar el donoso diálogo con el mendigo, metió el rapaz su cucharada preguntando muy suelta de lengua :

- *Y díganos el tío Bras, ¿ cómo ha de hacerse para ir con ese armirante ?*
- *¡ Hola, arrapiezo ! ¡ Conque tú también quieres salir a descubrir tierras ! ¡ Véanme vusarcedes la facha del gitanillo ! ! Quita allá, musaraña, y dile a tu mare que te enjague la leche que te ha quedao en los labios !*
- *¡ Perdone usiría, abuelo ! – exclamó el chico poniéndose en jarras – A sus años ya habrá descubierto vuesaencia más tierras que el mismo Vespuche, y estará en privanza y a tú por tú con el Preste Juan ... Pero por eso mismo bien pudiera ...*

Airado, el viejo alzaba ya la mano para darle un cachete, cuando se produjo un remolino en la muchedumbre y el muchacho hurtó el cuerpo lanzándose hacia Solís, que en ese instante saltaba del batel a la marina, seguido por dos hombres, evidentemente de mar, tosco y mal pergeñado el uno, con trazas de hidalgo aunque también curtido por vientos y soles el otro. Abrieron calle no tan amplia que no les tocasen y codeasen los curiosos, ajustó el chicuelo su paso al de los tres personajes, muy estirado, agradeciendo con la cabeza, como si le estuvieran dirigidas, las exclamaciones lisonjeras, cariñosas o chuscas que saludaban a los navegantes. Muchos

formaron también cortejo bullicioso y agitado, sin que los tres marinos parecieran advertirlo, pues conversando amistosamente entraron en Sevilla por las Atarazanas y se encaminaron a la Casa de



Contratación de las Indias, instalada en el Alcázar Viejo. La comitiva se había ido desgranando al salir de la marina, y al Alcázar solo llegaron el viejo mendigo, la buena moza y el desarrapado mozalbete. Fascinado seguía este último a los mareantes, y cuando les vió detenerse ante el morisco portal de la Casa de Contratación, fué a encaramarse en un poste que frente a ella había y quedó atisbando, con los dedos en las narices y hechas péndulo las piernas.

- *¿ No entras conmigo ?* – preguntó Solís al de aire hidalgo – *Ya estamos frente al cubil de las fieras que rabian por devorarme.*
- *¡ Melladas y con dentera !* – replicó el otro riendo ... – *Diego García y yo vamos entretanto a buscar los pocos hombres que nos faltan.*
- *Pues con Dios, entonces* – dijo Solís –. *Antes de anochecer nos veremos a bordo.*
- *Y allí se sabrá el resultado del encuentro, si han quedado las colas para contarlo.*

Y mientras Solís entraba en la Casa de Contratación, Torres y García echaron hacia la

vieja y sucia calle de la Cabeza del Rey Don Pedro. El chiquillo, que parecía perplejo al ver que se separaban, debió resolver sus dudas porque saltó del guardacantón y se puso en seguimiento de la pareja, redoblando con un palitroque en las salientes rejas de las ventanas. Algún plan tenía, aunque vago, porque hizo una mueca de disgusto al verlos desaparecer en una taberna oscura y oliendo a vinagre, acostumbrado refugio de marinos sin embarco.

Desde que había llegado de Cádiz, no sin trabajos y zozobras, pidiendo, merodeando, huyendo de las cuadrillas de la Santa Hermandad, ora por las carreteras, ora por la orilla del Guadalquivir, casi siempre a pie, alguna vez en lanchas acarreadoras de pescado, soñaba sin cesar en las aventuras maravillosas, de incomparable grandeza, que en Sevilla se iniciaban para desarrollarse luego en el deslumbramiento de las Indias encantadas. Tenía forzosamente que encontrar quien le llevara, como escudero, como criado, como perro que fuera, al descubrimiento y la conquista de los países del oro y de la holganza, de donde el más ruin vuelve señor. Y en el peor de los casos, si no hallaba quien le protegiera, tenía decidido deslizarse a hurtadillas en la sentina de cualquier carabela pronta a zarpar, y quedarse allí agazapado y quietecito, pese a la obscuridad, la sed y el hambre, hasta sentir – y lo sentiría por el

movimiento – que la nao navegaba en alta mar, lejos de todo puerto, en demanda de las tierras prometidas. La pasión romancesca que dominaba a españoles y portugueses, mareantes insignes, resueltos aventureros, conquistadores sin aseo y sin entravas, cundía entre grandes y pequeños, y hasta los chiquillos soñaban en ser otros tantos Colones, Corteses (**Nota** : 1521) o Balboas, y llegar a la grandeza mediante el valor, la audacia y el esfuerzo, sin que les arredraran peligros y descalabros, que la imaginación no les pintaba. Y para el infantil conquistador la misma piratería era un incentivo más, pues ¿ qué sabía ni podía saber de moral, nacido y crecido vagabundeando en Cádiz, de la Almadraba, donde, en su estación, asistía a la pesca de los atunes, hasta los pozos de la Jara, donde nunca falta bulliciosa y regocijada reunión, de la Caleta al Puerto, del caserío de Hércules a los Arenales de la Isla ? Había escuchado y sabía de coro, en cambio, relatos prodigiosos de viajes y proezas, de matanzas y crueldades que le encendían y arrebatában el cerebro.

Momentos antes, en la marina, había escuchado ávidamente al tío Bras que, con ardorosa exageración, contaba a la del mantón al desgaire la novelesca historia de Solís, matador de su primera mujer, allá en Portugal, por celos justificados, bebedor famoso, piloto incomparable, hombre capaz de desafiar a la Casa da Guiné y al

mismo Rey, como que, entre corsario y pirata, se había pagado por su mano, apoderándose de una carabela portuguesa, los centenares de cruzados que se le debían y algo más, como adehala ... Y ahora, el rey Manuel y su embajador le suplicaban de rodillas que volviese al servicio de Portugal, con rentas de príncipe, y más privilegios que un potentado ... ¡ Pero nada ! Era mucho hombre Solís para acudir a tal reclamo ...

El chico no sabía leer ni escribir, no discernía entre lo bueno y lo malo, pero sabía soñar ... ¡ Oh ! No se paraba en barras, pasaba con la mayor frescura del homicidio a la rebelión, de la rebelión a la piratería, y acababa imponiéndose por la audacia y el ingenio hasta llegar a las mismas o mayores alturas que Solís ... El todo estaba en comenzar.

Estos devaneos formaban aureola a su idea fija de hablar con los hombres que iban calle arriba, delante de él, cuando la desaparición de ambos en la taberna lo hizo despertar de pronto.

- ¡ *No tienes suerte, Paquillo ! Vamos, que no tienes suerte !* – dijo para sus guiñapos.

Hubiérale sido difícil explicar la causa de su queja, pues muy bien podía aguardar a los de la taberna hasta que saliesen, pero sin pararse en filosofías echó a correr hacia el puerto, llamado por el recuerdo del río y las carabelas.

Solis, entretanto, quejábase también mentalmente de su mala ventura, pues en la

Casa de la Contratación sólo estaba visible Pedro



de Isásaga, uno de los oficiales que más encarnizadamente le combatían. Hubiera preferido verse ante todo con el contador López de Recalde mejor aún con el tesorero doctor Sancho de Matienzo, en quienes creía tener dos apoyos, si no, dos amigos. Pero no se arredró ante un choque para el que estaba preparado ; en la mano llevaba con qué contrarrestar y vencer la de Isásaga y muy otras animosidades. D. Fernando seguía dándole pruebas de confianza, como si hiciera burla del rey Manuel y de su embajador, y aunque este último pareciera haber sonsacado a algunos de los oficiales de la Casa, tenía más facultades de las que tuvo nunca otro piloto mayor, precisamente cuando sus disimulados enemigos querían hacerle sospechoso de inclinación a Portugal, y él solo, con el obispo Fonseca y el secretario Lope Conchillos, sabía las verdaderas intenciones de Su Alteza. Y al conocer las

antojadizas y quizá interesadas acusaciones de traición, ¿ qué había hecho D. Fernando ? Pues encogerse de hombros, hablar de ello al mismo Solís y luego adormecer a los oficiales, mandándoles que con el mayor sigilo hiciesen una información y le elevaran sus resultados ... como la otra vez, cuando el viaje con Yáñez Pinzón.

- *¿ Qué buenos vientos traen por acá al señor Joao Dias ?* – preguntó al verle Pedro de Isásaga, remedando por insidia la pronunciación portuguesa.
- *¡ Dios guarde a D. Pedro de Isásaga* – contestó Solís, saludando con exagerada cortesía al pequeño y amojamado vejete de cara de vinagre –. *Estos buenos vientos vienen soplando sobre unos pliegos que Su Alteza me ha enviado con un propio a Lepe, donde alistaba mi nueva armadilla.*
- *¡ Enhorabuena !* — murmuró con displicencia el adusto oficial, mientras Solís sacaba de la ropilla y blandía como una espada un rollo del que pendía el sello real.
- *¿ Quiere usía* — dijo el mareante — *pasar vista por ellos ? ... Verá que D. Fernando, nuestro señor, sabe hacer justicia ... y no la niega a este humilde vasallo.*

Trémula estaba la mano de Isásaga al tomar los pliegos, pues olfateaba algo muy desagradable. Pero pareció tranquilizarse en cuanto leyó el primero.

- *De esta real orden — dijo fríamente — nombrando piloto mayor interino en ausencia vuestra a vuestro hermano Francisco de Çoto (Nota : 24 de noviembre de 1514 ; TORIBIO MEDINA, pp. 130-132), teníamos ya noticia y están tomadas las disposiciones para cumplir la voluntad de Su Alteza. Sólo agregaré con el debido respeto que, en opinión de muchos, Su Alteza pudo poner los ojos en persona de mayores servicios y merecimientos ... Quizá se equivoquen, porque en épocas pasadas tanto D. Fernando como Da. Isabel, que esté en gloria, tenían acierto singular para los nombramientos.*

- *Para el de usía, "verbi gratia" - replicó Solís con sorna -. Afortunadamente para usía, Su Alteza no sabrá de mis labios esta glosa de sus reales órdenes ... Pero mayor satisfacción aguarda a usía con la lectura del otro pliego ...*

A medida que iba leyendo Isásaga cambiaba de color ; se puso amarillo, en seguida verde, incorporándose violentamente en su sitial, y por último exclamó, conteniéndose a duras penas :

- *A fuer de servidores leales de Su Alteza y de guardianes celosos de los intereses del Reino, no hemos merecido, ¡ no ! no hemos merecido semejante agravio ... Pero bien dijo el latino que Dios ciega a quien quiere perder ...*

La ira pareció convertirlo un momento de pigmeo en gigante.

- *La palabra va sin duda mucho más lejos que la intención, y tampoco he de repetirla – dijo Solís, tomando con impertinencia un asiento que Isásaga no le había ofrecido —. Pero el Rey, nuestro señor, no agravia nunca a nadie, ni veo que pueda perderse por ordenar que se me trate como merezco y que se me despache con toda premura ...*
- *¡ Si fuera sólo eso ! – refunfuñó el oficial mascullando su cólera.*
- *¡ Vamos ! El resto carece de importancia – exclamó Solís con fingida ligereza. – Juan López de Recalde es muy mi amigo, D. Fernando lo sabe, confía en él y vive Dios que no se equivoca, al pensar que nadie mejor para ayudarme en mis preparativos de viaje. Por eso y no por otra cosa manda que él solo me despache y que me haga llevar "el mayor recabdo posible". (Nota : "sin otro recabdo alguno", 24 de noviembre de 1514 ; TORIBIO MEDINA, p. 115)*

Isásaga guardaba silencio tratando de dominarse, y Solís, que había hecho una pausa, continuó con travesura :

- *Pero no hay que equivocarse cuanto a las intenciones de Su Alteza ... Tan lejos está de menospreciar a los demás oficiales de la Casa que, si no he oído mal, la real orden termina recomendando, no al solo Recalde sino a todos, que se me favorezca con*

"mucho amor" (y Solís recalcó bien estas palabras), *pues me tiene por buen y leal servidor suyo ... Y eso que está, muy al tanto de lo que murmuran las malas lenguas sobre las relaciones portuguesas de "Joao Dias", como usía dice con tanta sal ... Iguales recomendaciones hace Su Alteza, y muy en particular, al tesorero Matienzo, que también me honra con su amistad, en un pliego separado que he de entregarle en mano propia ... Si soy indiscreto al decíroslo, Dios me lo perdone, pues lo hago solamente por alegrar a usía ...*

Solís había ido hartito lejos para que el diminuto e irascible Isásaga no buscara desquite. Y lo encontró en el papel que seguía examinando, porque tuvo una sonrisa de vinagre mientras decía con afectada serenidad :

- *¡ Ahora, ahora he dado en la clave, y todo me lo explico perfectamente ! Su Alteza sabe lo que se hace y toma siempre sus precauciones. ¡ Es mucho Rey el nuestro ! Pero hay que entenderle, y no porque le falte claridad ... Aquí leo, refiriéndose a vos, Joao Dias : "su condición es cual sabéis". ¡ A fe que la sabemos, y hartito ! ... No echéis, pues, tantos humos por una real orden que, en resumidas cuentas ...*
- *Que en resumidas cuentas – interrumpió violentamente Solís – me libra en absoluto y*

para siempre de vuestra jurisdicción, pese a vos, a D. Manuel y a Vasconcelos ...

- *¿ Habéis bebido Joao Dias ? – gritó Isásaga con furioso menosprecio. – Sólo beodo podéis olvidaros de que, según las ordenanzas y reglamentos, en toda expedición a las Indias han de ir oficiales reales nombrados por nosotros, por nosotros mismos, y nada más, para que la Casa de Contratación tenga ojo sobre cuanto se haga, y facultad para impedir y para castigar los yerros ...*
- *Usía, por lo que se ve, es aficionado a las hablillas y gusta de darles pábulo – replicó Solís con helada serenidad. – Habré bebido o no habré bebido, poco importa ; en uno u otro caso no necesitaba la venia de usía... Pero tampoco se esconderá a la perspicacia de usía que Su Alteza puede muy bien nombrar a esos oficiales, factores o escribanos, sin el concurso de la Casa de Contratación ...*
- *Jamás lo ha hecho ...*
- *Principio quieren las cosas ; una vez será la primera ... Y, no lo toméis a mal, don Pedro, esta vez será esa primera que digo ... Mi expedición es harto mezquina, comparada la importancia de naos y de gente con que otras han partido, pero Su Alteza espera mucho de ella ; no ha querido dejar nada al azar, y mucho menos al capricho de gente que, no lo digo por usía, a truco de hacerme daño no*

vacilaría en hacerlo al mismo rey en beneficio de Portugal ... Lo que falsamente se dice de mi podría decirse con verdad de otros que se fingen grandes enemigos de don Manuel, para servirlo mejor.

- *¡ Insidias ! ¡ Calumnias villanas !*
- *No lo tome usía tan a pecho como si fuera casa propia.*

Don Pedro le miró como si quisiera fulminarlo, y con perversa intención dijo lenta y sentenciosamente :

- *Yo no necesito hacerme perdonar delitos capitales.*
- *Salimos de la cuestión para volver a las hablillas – replicó Solís impertérrito. – Vamos al grano, y el grano es que Su Alteza ha nombrado ya contador y escribano de la armada a mi amigo Pedro de Alarcón, y factor a mi amigo Francisco de Marquina (**Nota** : 24 de noviembre de 1514 + 6 de agosto de 1515 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXXXII- + 133- + 142-143) gente de insospechable honradez y lealtad, que no faltaría a ellas por favorecerme, pero tampoco por hacerme daño ... En fin, que enredos y embustes no han logrado engañar a Su Alteza. Bien sabe el rey don Fernando que mientras Vasconcelos y sus paniaguados le quitan al diablo para ponerme a mí – no lo hacen sino por el mendrugo, bien lo entendéis, don Pedro – el rey don Manuel,*

valiéndose del mismo Vasconcelos, quiere sonsacarme para su servicio a fuerza de honores y mercedes, pero que ni lo ha conseguido ni lo conseguirá, aunque me ofreciese la gloria eterna ...

El avinagrado vejete interrumpió sarcástico, cacareando las palabras como si riera :

- *¿ Es eso ... es eso lo que acostumbráis usar como cebo para pescar mercedes cada vez mayores ? ... ¡ Sí será, sí será ! ... " Que el Rey de Portugal me ofrece esto y lo otro ! ... ¡ Que el Rey de Portugal quiere darme mucho más ! " ... ¡ Como si lo estuviera oyendo ! ... Y así, así habréis obtenido los llanos de Huerta y Acecal y del Hardal en los términos de Lebrija ... (Nota : 24 de noviembre de 1514 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXL + 121-122)*
- *Nada de eso, nada de eso – replicó Solís con toda tranquilidad, afectando modestia, para devolver la burla con mayor veneno –. Nuestro señor don Fernando no tolera imposiciones y, mucho menos de mí ... Pero, aunque yo no lo merezca, Su Alteza ha dicho bien claro – y aquí mismo, en Sevilla, están los pliegos – que me hacía esa merced "**porque me ha mucho servido y sirve continuamente, e gastado mucho en una prisión que le fué fecha sin tener él culpa**" (Nota : TORIBIO MEDINA, p. 122) – ¡ eh, don Pedro mío ! – que le fué fecha sin tener él culpa". Pero hartos debéis de*

conocer la carta de Su Alteza al asistente de esta villa en la que se lee lo que digo ...

- *Por eso también, y sin pedirlo vos probablemente – insistió Isásaga con tono despreciativo –, el año antes os hizo merced de los bienes que en Carbonera la Mayor dejó Antón de San Gil, después de darse por su mano mala muerte ... (Nota : 14 de diciembre de 1513 ; TORIBIO MEDINA, pp. 108-109)*
- *El desdichado se ahorcó, es mucha verdad – contestó Solís imperturbable –, y Su Alteza, a cuya Cámara y Fisco pasaban esos bienes, me hizo traspaso de ellos, escribiéndome, esa vez también, que lo hacía "**acatando los servicios que me habéis fecho y hacéis continuamente**" ... (Nota : TORIBIO MEDINA, p. 108)*
- *¡ Pobre (o rico) porfiado ! ... Y en la porfía llegasteis, no ha mucho, a pedirle, la mancebía de Segovia (Nota : 22 de enero de 1514 ; TORIBIO MEDINA, pp. CCXXV-CCXXVI + 111-112), que estaba vaca – exclamó Isásaga, ya fuera de sí –, olvidando el decoro que cuadra a vuestro cargo de piloto mayor ! ...*
- *¿ La pretendíais vos también ? – preguntó Solís con el aire más cándido que pudo – Sentiría, de haberla obtenido, haberos ganado de mano ... Porque nada de malo ni deshonoroso hay en ello. Sé de grandes*

señores que no tienen reparo en recibir gajes o rentas de tales casas, de cuyo gobierno dispone Su Alteza misma, y si yo no obtuve la que solicitaba fué simplemente porque la alcanzaría otro más poderoso ... Pero el desengaño no me aflige. El Rey sabrá compensarme con mayores mercedes, sin que yo tenga que pedírselas ...

Ilógico por enfurecido, Isásaga acababa de levantarse apartando el sitio de un empujón y decía, tartajando :

- *No me explico, sino pensando en vuestros excesos, a qué me venís con semejantes historias, cuando hartos sabéis que nada tengo que ver en ellas ! ...*

Solís levantóse también, y apoyando una mano en el respaldo de la silla, mientras con la otra balanceaba acompasadamente su gorro, dijo con tono jovial y como si repitiera frases aprendidas :

- *Si he contado a usía esas historias, mi señor don Pedro, ha sido sólo por demostrar mi gratitud hacia su persona y hacia la de alguno de sus dignos compañeros de esta Casa. Tantos servicios habéis, ellos y vos, tratado de prestarme ante Su Alteza, tantas recomendaciones de mis humildes prendas le habéis hecho, tantas noticias mías habéis llevado a sus reales oídos, que Su Alteza, convencido al fin de méritos que me achacáis*

y que no tengo, viene colmándome de favores, y no sólo me ha hecho las mercedes que tan puntualmente recordáis, sino algunas otras que no sabéis, como me promete para el regreso, por su gran liberalidad, honores en que yo nunca había soñado ... ¡ Ah ! si no fuera por los esfuerzos de usía y de sus venerables compañeros, puede que Su Alteza ignorase todavía, mis cortos merecimientos ... Pero usía no ha servido a un ingrato ! ... Ni a un pesado tampoco ... No quiero seguir molestando a usía ... ¡ Que Dios os guarde !

La pequeña persona de don Pedro Isásaga cayó desplomada en el sitial, y allí quedó como un guiñapo, sin recobrase hasta mucho después. Vasconcelos había escrito a don Manuel que Solís estaba insoportable de orgullo y de violencia ; imagínese lo que, a poder hacerlo, le hubiera escrito el de Isásaga ! ...

Notas de Gerardo Paguro, traductor al francés.

TORIBIO MEDINA, José ; **Juan Díaz de Solís. Estudio histórico** ; Santiago de Chile, impreso en casa del autor ; 1897, CCCLII + 252 p. (segundo libro : documentos y bibliografía)

<http://booksnow1.scholarsportal.info/ebooks/oca9/32/juandazdesol00medi/juandazdesol00medi.pdf>

Fuentes de las ilustraciones.

Pintura de Alonso Sánchez Coello

El *Puerto de Indias*, que en el siglo XVI albergaba un gran número de embarcaciones a lo largo del río Guadalquivir, a su paso por Sevilla (la Giralda al fondo, a la izquierda el puente de barcas y a la derecha la Torre del Oro).

Vista de la ciudad de Sevilla, (España), desde el barrio de Triana. A través del río Guadalquivir llegaba la Flota de Indias, la flota de galeones que conectaba a la ciudad con los virreinos americanos.

https://es.wikipedia.org/wiki/Puerto_de_Indias#/media/File:La_sevilla_del_sigloXVI.jpg

<http://spainillustrated.blogspot.be/2012/06/sevilla-capital-del-comercio-mundial.html>

En el puerto de Sevilla tenía Monardes el centro de operaciones de su negocio de compra y venta de plantas medicinales con América. *Vista de Sevilla en 1498*, óleo de Alonso Sánchez Coello :

<http://www.elsevier.es/pt-revista-offarm-4-articulo-la-farmacia-comercio-ciencia-monardes-13096633>

¿Por qué Sevilla y no Cádiz?

http://personal.us.es/alporu/histsevilla/sevilla_puerto.htm

Cuarto del Almirante de la Casa de Contratación :

<http://insensateces-de-un-exiliado-cronico.blogspot.be/>